

RICARDO PALMA Y MANUEL GONZÁLEZ PRADA:

Conflicto entre dos tipos de intelectuales

Osmar Gonzales*

Mucho se ha escrito sobre la disputa intelectual y política que enfrentó a dos grandes de nuestra cultura: Ricardo Palma y Manuel González Prada.¹ En sentido estricto, no se puede hablar de una polémica, pues no existieron los cuestionamientos y las respuestas de forma directa –salvo una vez, y teniendo como escenario a la Biblioteca Nacional–. En todo caso, se trató de un conflicto mucho más general que se puede denominar cultural y que se desarrolló por interpósitas personas (o, incluso, generaciones), y más allá de la animosidad personal que existió entre ambos hombres de letras.

Las maneras de entender dicho conflicto han sido varias, de las cuales las más importantes son las siguientes:

1. Un primer tipo de lectura sostiene que la disputa entre ambos escritores fue porque Palma veía a la historia peruana de una manera continua e incluyente, en donde la época virreinal se constituye en un momento de fundación de la nacionalidad a la que le otorga, además, su carácter, y esto es lo que se ve reflejado en sus tradiciones; mientras que, por su parte, González Prada reclamaba el aniquilamiento del pasado –que consideraba oprobioso– y, por lo tanto, por enfrentarse a nuestro legado, era considerado como un pensador antinacional. Esta tesis fue sostenida, con matices, por los intelectuales del Novecientos (José de la Riva Agüero, Francisco y Ventura García Calderón, Víctor Andrés Belaunde).
2. A esta interpretación se opuso la que sostuvieron los miembros de la generación del Centenario, pues afirmaban que a Palma no se le debía considerar un “colonialista” y que, a pesar de lo que indicaron sus formas literarias, no era condescendiente con el pasado sino que, por el contrario, detrás de su suave tono, se burlaba del tiempo de la dominación española y que, en todo caso, la lectura de un Palma que se identificaba con ella era responsabilidad de sus admiradores, especialmente los novecentistas.²

* Doctor en Ciencias Sociales. Director Técnico de la Biblioteca Nacional del Perú. Autor de libros y artículos sobre sociología y política.

1 Agradezco el apoyo desinteresado y profesional de Delfina González del Riego, quien me proporcionó, siempre a tiempo, los materiales necesarios para redactar este artículo. De igual modo, a Luisa Montes por su desprendido apoyo bibliográfico, a Gladys Padró por sus comentarios y lectura a una versión anterior de este texto, a Isabel López Eguren, por su siempre atento auxilio en los momentos críticos y, por supuesto, al lector anónimo que me ayudó a precisar algunos aspectos descuidados por mí.

2 La lectura propuesta por los centenaristas acerca de Palma sostenía que el escritor “nacionalizó” a la colonia, es decir, la enmarcó al interior de las tradiciones culturales y literarias peruanas. Véase Antonio Cornejo Polar, *La formación de la tradición literaria en el Perú*, CEP, Lima, 1989.

De esta manera, el enfrentamiento entre ambos personajes sirvió para, por un lado, marcar las diferencias generacionales de los intelectuales que aparecieron en los inicios del siglo XX y, por otro lado, unir a Palma y a González Prada en un nuevo tipo de lectura acerca del proceso de la literatura definida como nacional. Se trata, pues, de una lectura fundacional, con pretensiones de crear las bases de un proceso integrador, en contra del que habían tratado de legitimar las élites oligárquicas, empeñadas en establecer diferencias y jerarquías. En el fondo, se trataba de un conflicto político canalizado por la vía del análisis del proceso cultural y literario.

3. Una tercera explicación es la que sostiene que Palma y González Prada representaban dos tendencias: el primero a la tradición y el segundo a la renovación, pero más que en términos políticos o ideológicos, como maneras de ver el proceso social que subyacen en sus obras de creación y en sus juicios sobre la realidad que les tocó vivir.³

En el presente texto, esbozo un tipo de lectura acerca del conflicto cultural que ocurrió entre Palma y González Prada, y que se inscribe dentro de la sociología de intelectuales. La hipótesis que sostengo es la siguiente: más allá de las posiciones políticas, ideológicas y de cánones literarios, lo que está en la base del conflicto entre ambos hombres de letras es que cada uno representó a sendos tipos o figuras de intelectuales, adscritos a distintas tradiciones culturales y visiones sociales. Por eso, considero que aun cuando hubieran coincidido en ciertos terrenos (como alguna agrupación política o literaria) el enfrentamiento habría germinado igualmente. Me adelanto en afirmar que mientras Palma pertenecía a una tradición cultural romántica y a una visión social de tipo restringida, González Prada se ubicaba en una tradición cultural intelectualista y en una visión social no restringida (conceptos que abordaré más adelante). Ambas, tradiciones culturales y visiones sociales, dan sentido a una forma de ver la vida, el papel de los intelectuales, la cultura y la política. Esto es lo que sostengo en las páginas que vienen a continuación con el siguiente orden.

En primer lugar, resumo brevemente los orígenes sociales de cada uno de estos intelectuales para sustentar que ambos fueron desclasados, es decir, que cada uno se distanció de su grupo social original. Mientras Palma, proveniente de las capas inferiores de la sociedad peruana buscaba un interlocutor que lo legitimara ante las élites, como una manera de ascender socialmente, revelando prejuicios con respecto al contingente indígena y ocultando su propio origen, González Prada, descendiente de familias con alcurnia, criticaba acremente a las élites a las cuales pertenecía y se identificaba con las clases ubicadas en los estratos sociales inferiores, abriendo puertas de reflexión que caracterizarían a la generación que vendría después de la de principios del siglo XX.

Es sugerente anotar ciertos elementos del proceso generacional en el Perú, pues la influencia de Palma no se refleja en la generación inmediatamente posterior (que es la de González Prada) sino en la subsiguiente, la del Novecientos; de igual forma, las repercusiones de la prédica

3 Podestá, Bruno, "Ricardo Palma y Manuel González Prada: historia de una enemistad", en *Revista Iberoamericana* núm. 78, vol. 38, 1972.

gonzalezpradista no se observa tampoco en la que le sigue sino en la del Centenario. Teniendo en cuenta esta evidencia es posible hacernos algunas preguntas como ¿cuál es el desarrollo de las ideas y las repercusiones que consiguen, vistos desde el tema de las generaciones?, ¿por qué la influencia de ciertos planteamientos no se observa inmediatamente, sino que tienen que esperar por lo menos una generación para hacerse evidentes?, ¿qué elementos intervienen en este “retraso” de la asimilación de las ideas? Considero que contestar a estas interrogantes podría ayudar a desarrollar una sociología de las generaciones en nuestro país. Dejo el tema para los interesados.

En segundo lugar, presento un bosquejo acerca de la manera como cada uno de los escritores, objeto de mi análisis, reaccionó frente a la Guerra con Chile. Mientras Palma, convencido pierolista, perteneciente al Partido Demócrata que fundara “El Califa”, se mantiene al lado del dictador, ofrece su concurso para la resistencia, critica a la “argolla” civilista y desarrolla una labor de propaganda de la causa peruana por medio de artículos publicados en el extranjero, González Prada se aísla luego de la invasión de Lima por el ejército chileno, y sólo reaparece una vez concluido el conflicto armado para ejercer una de las vivisecciones más crudas que han recibido las élites oligárquicas. Considero a la Guerra con Chile como un momento clave, un parteaguas, un hecho que dividió en dos a los espíritus de la época y que fue fundamental en las relaciones que sostuvieron Palma y González Prada, al inicio cordial solamente y después decididamente antagónico. La derrota bélica contribuyó a cristalizar diferentes maneras de entender al Perú y de buscar a los sujetos que debían salvar a la nación.

En tercer lugar, paso a hacer el recuento de su disputa. En ella se mezclan diversos niveles que van desde el plano personal y llegan hasta las opciones políticas, pasando por los gustos literarios, las adscripciones estéticas e, incluso, cierta manera de entender el papel como funcionario público (lo que se manifiesta en la polémica acerca de la Biblioteca Nacional). Este recuento me sirve para enmarcar los diferentes puntos de vista ante algunos problemas del país que tanto Palma como González Prada sostuvieron.

En cuarto lugar, me centro en lo que considero son los temas más importantes para dar solidez a mi argumento, a saber, el étnico, el generacional, el de las élites y el de la política. Además, el recorrido y reconstrucción de las maneras de ver y enjuiciar estos temas por parte de ambos autores nos permitirá identificar el papel que como intelectuales cada uno se asignó en la sociedad peruana de su tiempo. En el plano político, y tomando cierta terminología de Umberto Eco, se podría decir que Palma fue un integrado, mientras que González Prada puede ser considerado un apocalíptico, o un disidente.

Estas maneras diferentes de concebir su papel en la sociedad así como sus posiciones frente a los temas ya señalados nos hacen posible identificar a cada uno como representantes de distintos tipos de intelectuales, que es el tema de la quinta sección con la que cierro este trabajo, y en el que abordo los temas de las tradiciones culturales y las visiones sociales.

I

Los orígenes sociales: dos desclasados

Las paradojas entre nuestros dos escritores parten desde sus propios orígenes sociales, pues tanto Palma como González Prada pertenecen a diferentes grupos sociales con los cuales ninguno se identificó. Incluso, se podría decir que cada uno pretendió asumir el lugar del otro en cuanto su función pública como intelectuales y las tareas que se impusieron referidas a temas como la definición de su público, forma de entender el proceso histórico y cultural, identificación de los sujetos fundamentales de la nacionalidad, entre otros.

El escritor más identificado con la limeñidad, como es Ricardo Palma (1833-1919), aunque nació en Lima, fue hijo de padres provincianos, pues don Pedro Palma era natural de Cajabamba y doña Dominga Sarmiento de Cañete.⁴ Don Pedro, de origen mestizo, era un pequeño comerciante, pero con una instrucción respetable; mientras que doña Dominga, era ama de casa, y tenía un porcentaje de sangre africana (cuarterona). El origen del tradicionista era, pues, humilde.

Por su parte, Manuel González Prada (1844-1918) provenía de familia adinerada e influyente que ostentaba, incluso, un escudo de armas. Sus antecesores eran personajes ligados a las esferas del poder. Por ejemplo, su abuelo Josef colaboró con el virrey Abascal; mientras su padre, Francisco, recibió a los cinco años el título de Teniente, y ya adulto colaboró con el presidente Echenique. Por su parte, la madre, doña Josefa Álvarez de Ulloa, pertenecía a familias de stirpe distinguida de Arequipa.

Sólo para hacer hincapié en los desencuentros entre ambos escritores, quiero insistir en que Palma, de antecesores provincianos, se identificó con Lima y sus costumbres, al mismo tiempo que miraba con cierto desdén, e incluso con ciertos prejuicios racistas, a los pobladores del interior del país, mientras que, por su parte, el limeñísimo don Manuel despreciaba la fatuidad de las élites limeñas y miraba con complacencia a los contingentes que habitaban en los Andes. Pero lo que sí acercaba a ambos hombres de letras, atendiendo a su posterior actuación pública, es que ninguno se identificó con las clases sociales y con los orígenes étnicos de los cuales provenían. Por ello, y ateniéndome exclusivamente a la cuestión de los orígenes sociales, considero que ambos eran representantes de los intelectuales denominados desclasados.

El desclasado—como señala Pablo Macera— pertenece de algún modo a su clase originaria y nunca llega a identificarse del todo con la clase que elige a nivel de su comportamiento ideológico-político o al más general de su expectativa económico-social no realizada. Menos aún le es posible renunciar a su historia

4 Holguín Callo, Oswaldo, *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1994.

personal de clase, a lo que fue antes de comenzar a ser un desclasado; aunque pueda buscar su liberación.⁵

Las trayectorias vitales de Palma y González Prada nos muestran que siguieron caminos antagónicos. Palma, proveniente de los estratos inferiores, buscó su legitimación social como literato, apelando al reconocimiento de las élites culturales e incluso políticas para, de ese modo, asegurar su movilidad social. Por su parte, González Prada, que provenía de los grupos privilegiados, dirigió su papel como orientador de opinión pública tratando de recabar el reconocimiento de las clases trabajadoras proveyéndoles ideología, guía para la acción y un compromiso militante.

III

Un momento clave: la guerra con Chile

Como he señalado, es indudable que la derrota sufrida por el Perú en la Guerra de 1879 fue un hecho fundamental que dividió a los espíritus de la época. Pero también fue un estímulo para analizar interrogantes sobre la formación del país y sobre los responsables de la derrota. De alguna manera, sintetiza dramáticamente el medio siglo de vida independiente que tenía para entonces el Perú.

En efecto, después de la guerra se tornó evidente la necesidad de reconstruir el país. Y muchos fueron conscientes de que era imperioso refundar la República o, para utilizar un término de la época, regenerarla, darle nueva vitalidad con un proyecto definido que la preservara de futuras derrotas. Una de las consecuencias positivas de este momento doloroso fue que se abrieron importantes perspectivas históricas, sociológicas y literarias, las que se materializarían en las generaciones del Novecientos y del Centenario.

Con referencia a nuestros escritores en cuestión, es indudable que la guerra ayuda a explicar sus posturas y psicologías. En primer lugar, es necesario recordar que ambos participaron en la desastrosa defensa de Lima, la que terminó con el asentamiento del ejército chileno en nuestra capital. Luego de esta experiencia, Palma continuó con una labor de activo militante por medio de artículos periodísticos⁶ y de consejero, vía epístolas, de Piérola.⁷ Por su parte, González Prada, ante la desazón de la derrota decidió aislarse en su hacienda Tútume. Sólo salió de su

5 Macera, Pablo, *Trabajos de historia*, Facultad de Ciencias Sociales-UNMSM, G. Herrera editores, Lima, 1988, pág. XIX

6 Palma, Ricardo, *Crónicas de la Guerra con Chile* (con prólogo de C. Norman Guice), Mosca Azul Editores, Lima, 1984.

7 Palma, Ricardo, *Cartas a Piérola. (Sobre la ocupación chilena de Lima)*, Editorial Milla Batres, segunda edición, Lima, 1979.

ostracismo cuando el invasor abandonó el suelo patrio. Volvió a la vida pública, pero cargado de rabia y de ánimo de revancha.

Desde ese momento se delinearón definitivamente dos espíritus que se harían evidentes años más tarde. Mientras Palma se mostraría conciliador frente a los chilenos y llamaba a olvidar las enemistades, González Prada incrementaría su odio hacia el país del sur.

Este sentimiento arraigado del autor de *Páginas libres* sería una de las pocas excepciones, dentro del análisis que realizara Belaunde en sus ensayos sobre la psicología nacional, cuando afirmaba que los peruanos no sentimos pasiones porque carecemos de un ideal.⁸ Esta pasión anti-chilena presente en González Prada se extendería hacia otros autores como por ejemplo, Abraham Valdelomar, quien señalaba que había que inculcar a todos los peruanos, desde la más temprana edad, el odio hacia Chile. Pero, precisamente, partiendo de este sentimiento de odio en González Prada, y que se extendería hacia otras áreas, Belaunde afirmaría que el pensador ácrata no encontró cauces intelectuales y espirituales para proponer un plan positivo.

Estas posturas de conciliación y confrontación patentes en Palma y González Prada reflejan aspectos más generales y amplios que los definían en tanto hombres públicos, pues desde ellas construyeron sus miradores para reconocer los males nacionales, sus causas, los sujetos a los cuales apelar e, incluso, para imaginar el porvenir del país.

III

Origen y desarrollo de un conflicto cultural

El inicio del conflicto entre Palma y González Prada tiene fecha: 1886, con la “Conferencia en el Ateneo de Lima” ofrecida por González Prada, en la cual critica el arcaísmo de los autores peruanos y, aunque no lo menciona, evidentemente está pensando en Palma:

Quien escribe hoy desea vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo, ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas.

Arcaísmo implica retroceso: a escritor arcaico, pensador retrógrado.⁹

Posteriormente, el 28 de julio de 1888, en el “Discurso en el Politeama”, González Prada volvería a arremeter contra el pasado, incluido el tradicionalista, y con palabras que se volverían célebres y portaestandartes de la generación del Centenario:

8 Las obras de Víctor A. Belaunde que se pueden revisar sobre estos temas son los siguientes: *La crisis presente*, de 1914, *Meditaciones peruanas*, de 1917 y *La realidad nacional*, de 1931.

9 González Prada, Manuel, *Páginas libres*, Tipografía de Paul Dupont, París, 1894, pág. 22.

En esta obra de reconstitución i venganza no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos i carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo i sus frutas de sabor amargo. ¡Que vengan árboles nuevos a dar flores nuevas! ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!¹⁰

Tres meses después, en octubre de 1888, en el “Discurso en el teatro Olimpo”, González Prada sería más directo:

Cultivamos una literatura de transición, vacilaciones, tanteos i luces crepusculares. De la poesía van desapareciendo las desconsoladas imitaciones de Bécquer; pero en la prosa reina siempre la mala *tradición*, ese monstruo engendrado por las falsificaciones agridulcetes de la historia i la caricatura microscópica de la novela.¹¹

Además, González Prada se burla de Palma, considerándolo representante de un “romanticismo trasnochado”, grandilocuente en el estilo pero vacío de ideas:

Verdad en el estilo i lenguaje vale tanto como verdad en el fondo. Hablar hoi con idiotismos i vocablos de otros siglos, significa mentir, falsificar el idioma. Como las palabras expresan ideas, tienen su medio propio en que nacen i viven; injerir en un escrito moderno una frase anticuada, equivale a incrustar en la frente de un vivo el ojo cristalizado de una momia.¹²

Hasta ese momento, Palma no había reaccionado, y decidió hacerlo de la peor manera, es decir, mediante un anónimo. A pocas semanas del “Discurso en el teatro Olimpo”, publica en el diario *El Comercio*, el 13 de noviembre de 1888, un artículo titulado “Propaganda de la difamación” mediante el cual quiere indisponer a González Prada con el poeta Ricardo Rossel. Además, arremete contra la famosa frase de González Prada, “Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra” diciendo: “Parece que esta frase, propia de chacales, fuera la consigna de los redentores radicales. Pero no!”¹³ y refiriéndose a éstos señala: “No son luchadores reales sino cobarde gentecilla de encrucijada”.¹⁴

Sin embargo, la autoría del artículo fue descubierta, gracias a un linotipista de *El Comercio* que le llevó las pruebas a González Prada. Inmediatamente, al día siguiente, el 14 de noviembre, éste envía al mismo diario una pequeña nota con el siguiente tenor:

En mi discurso leído en el “Olimpo” la noche del 30 de octubre, no he dirigido

10 Ibid., pág. 73.

11 Ibid., pág. 42.

12 *Páginas libres*, Ibid., pág. 49.

13 *Documentos inéditos de la familia González Prada*, Editorial Jurídica, Lima, 1977, pág. 55.

14 Ibid., pág. 56.

injuria alguna personal a Ricardo Rosset, como lo dice un artículo publicado en “*El Comercio*” de ayer. A ningún escritor nacional he nombrado.

Cuando el discurso salga a luz, se verá si yo he sido capaz de injuriar a personas que viven unidas a mí con vínculos de estrecha amistad.¹⁵

Descubierto Palma en su jugada trunca, quedó expuesto al ridículo. Para entonces, el tradicionista –que ya era un escritor de renombre, incluso internacional– ostentaba el cargo de Director de la Biblioteca Nacional. Algunos años después, el propio González Prada lo sucedería en el cargo, mientras tanto, en 1888, aún estaba buscando cimentar su prestigio de escritor y pensador.

Las aguas se calmaron por algunos años, pero el conflicto reapareció en 1912 y teniendo a la Biblioteca como su escenario fundamental. Por primera y única vez a la acusación siguió la réplica, al ataque el contrataque.

Recordemos que Palma había sido nombrado Director de la Biblioteca Nacional en el año 1883 por el gobierno de Miguel Iglesias, el mismo militar que había firmado la rendición frente a Chile con la pérdida de importantes territorios del sur. Por este motivo, González Prada explicaba la excesiva condescendencia del tradicionista frente al país vecino: porque debía su cargo a un gobierno que había pactado con él.¹⁶

Más allá de cualquier suspicacia, la tarea del “bibliotecario mendigo”, como se le conoció a Palma, fue de una trascendencia enorme para la Biblioteca y la cultura nacionales, pues apelando a sus importantes relaciones personales y a su prestigio internacional como escritor, la pudo reabastecer de libros y le volvió a dar vida luego del saqueo y casi aniquilamiento que había sufrido en el tiempo de la invasión chilena a Lima.

Cuando González Prada sucedió a Palma en la dirección de la Biblioteca Nacional, en 1912, a fines del primer gobierno de Augusto B. Leguía, encontró a una institución ya reinstalada en la vida cultural del país. Aunque también se dio con la sorpresa del deterioro a que habían sido sometidos algunos libros a manos de su antecesor y rival, pues hasta diez veces en una misma página se leía el sello “Ricardo Palma bibliotecario”. Además de la poca ciencia y criterio con que se habían conformado los salones y ordenado los libros según materias.¹⁷ La situación

15 Ibid., pág. 49.

16 En su “Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima” (aparecido originalmente en Lima, en 1912, y editado por la Empresa Tipográfica Unión), Palma se defiende de la siguiente manera de la imputación de su adversario: “Olvidar el momento histórico en que contraje el compromiso con el general Iglesias, y mi infatigable empeño para cumplirlo, que me mereció entusiasta aplauso de toda la república, sería el colmo de la injusticia y de la ingratitud. Quede a seres roídos por la envidia y el empujamiento, esa obra”. En González Prada, Manuel, *Obras completas*, tomo 2, Ediciones Copé, Lima, 1985, pág. 400.

17 “La polémica de la Biblioteca” (originalmente publicado en Lima, en 1912, por la Imprenta Acción Popular), en M. González Prada, *op. cit.* También Adriana de González Prada, *Mi Manuel*, Editorial Cultura Antártica, Lima 1947.

que encontró a la Biblioteca fue motivo para un punzante y polémico informe del pensador anarquista en el que se mofaba de su antecesor en el cargo.

Este informe de González Prada fue la razón para que por única vez se diera una confrontación directa con Palma, con nombre propio y sin ambages. El tradicionista contestó una a una las imputaciones del escritor radical adjuntando documentos oficiales y un artículo de su hijo, Clemente (quien había trabajado como empleado de la Biblioteca cuando su padre era director). Después de esta escaramuza, entre Palma y González Prada no se cruzaron ideas, acusaciones, saludos ni miradas.

Con estos hombres de letras, las aguas de la cultura peruana se abrieron en dos. Ello se reflejaría en los distintos enfoques con que cada uno y sus seguidores analizarían los problemas nacionales más urgentes.

IV

El conflicto: temas y juicios

Los problemas fundamentales

El tema étnico: el indio

Acompañando y atravesando a la condición de desclasados de Palma y González Prada, está la distinta valoración que tenían acerca de las razas que en su tiempo se llamaban “inferiores” o “de color”. Este tema hace más complejas aún las conflictivas relaciones que ambos escritores sostenían con sus propios orígenes. Las posiciones, supuestamente naturales, se intercambiaron, pues mientras Palma, con sangre africana y mestiza en sus venas y, por lo tanto, perteneciente a los grupos étnicos sometidos, no tenía, como se podría esperar, una mirada amable respecto a otros grupos étnicos que compartían su posición disminuida socialmente. Al contrario, cuando busca culpables los encuentra en la masa indígena con una explicación cargada de prejuicios. Desde su punto de vista, fueron los indios los grandes responsables de la derrota en la defensa de Lima, en la Batalla de San Juan, el 13 de enero de 1881. En una carta a Piérola fundamenta:

En mi concepto, la causa principal del gran desastre del 13 está en que la mayoría del Perú la forma una raza abyecta y degradada, que usted quiso dignificar y ennoblecer. El indio no tiene el sentimiento de patria; es enemigo nato del blanco y del hombre de la costa y, señor por señor, tanto le da ser chileno como turco. Así me explico que batallones enteros hubieron arrojado sus armas en San Juan, sin quemar una cápsula. Educar al indio, inspirarle patriotismo, será obra no de las instituciones sino de los tiempos.

Por otra parte, los antecedentes históricos nos dicen con sobrada elocuencia que el indio es orgánicamente cobarde. Bastaron 172 aventureros españoles para aprisionar a Atahualpa, que iba escoltado por cincuenta mil hombres, y realizar la conquista de un imperio, cuyos habitantes se contaban por millones. Aunque nos duela hay que convenir en que la raza araucana fue más viril, pues resistió con tenacidad a la conquista.¹⁸

No es ésta la ocasión de desarrollar un análisis más profundo de los sucesos históricos que Palma menciona en esta carta, pero las líneas transcritas son suficientemente elocuentes para conocer un aspecto del pensamiento de Palma con relación a las causas de los males nacionales.

Si bien los prejuicios de Palma hacia el contingente indígena podrían ser explicados por los seculares resentimientos que marcaron las relaciones entre los diferentes grupos étnicos (y que aún permanecen), en cambio no se puede entender con mayor nitidez por qué presenta de manera tan estereotipada al esclavo negro, de los cuales registra herencia. En sus *Tradiciones Peruanas*, y según Marcel Velásquez,¹⁹ los esclavos negros siempre están atrapados por el “sujeto esclavista” (en este caso el narrador), casi nunca son individualizados ni tienen nombre propio, salvo cuando representan ciertas condiciones excepcionales. Y cuando emerge la rebeldía en los relatos aparece inevitablemente sofocada por medios violentos.

En contraste, González Prada, blanco, de ojos azules y cabello castaño claro, es decir, de rasgos físicos caucásicos y, por lo tanto, perteneciente a los grupos étnicos privilegiados, ofrece un punto de vista y una explicación diametralmente opuesta a la de Palma con relación a los contingentes étnicos subordinados. Por el contrario, más que encontrar razones en condiciones supuestamente inherentes a ellos ensaya una explicación centrada en los factores históricos, sociales y económicos. Con relación a los indios, les atribuye una autonomía y una capacidad de rebeldía que otro tipo de lecturas de su tiempo se resistía a concederles. Además, los considera parte de la nacionalidad, por ello no es casual que su artículo-discurso de 1904 se titule “Nuestros indios”. Es decir, los incorpora al cuerpo de la nación, contradiciendo un sentido común de su época y oponiéndose a ciertas políticas que llegaban desde las esferas oficiales.

Para explicar la situación del indio, González Prada se apoya en las posiciones consideradas científicas en su tiempo. Por esta razón, habla de axiomas y de leyes cuando se refiere al tema del indio y le da una explicación histórica y social a su situación de subordinación. Apela a Novicow y Gumplowicz, autores fundamentales de la época, para dar sustento a sus afirmaciones. Utiliza de ellos el término de “raza social” y le confiere a la raza indígena la posibilidad de redimirse. Anota la importancia de la instrucción, pero afirma que, sobre todo, “[l]a cuestión del indio es económica, es social”.²⁰ Repite a Novicow: “*las pretendidas*

18 Lima, febrero 8 de 1881, *Cartas a Piérola*, pág. 20.

19 Velásquez Castro, Marcel, *El revés del marfil. Nacionalidad, etnicidad, modernidad y género en la literatura peruana*, Universidad Nacional Federico Villarreal, Lima, 2002.

20 González Prada, Manuel, *Horas de lucha*, Librería Importadora Editora y Distribuidora Lima, Lima, s/f, pág., 308.

incapacidades de los amarillos y los negros son quimeras de espíritus enfermos".²¹ Y concluye: "Los hechos desmienten a los pesimistas".²²

El pesimismo y el optimismo pertenecen a diferentes percepciones que identifican a cada uno de estos autores. El primero está asociado a una visión del ser humano en la que actúan inexorablemente las condiciones naturales –y, por lo tanto, ajenas a la voluntad de los individuos–, entendidas como imposibles de modificar. A esta visión corresponde la que sostiene Palma. De manera opuesta, el optimismo se sustenta en una visión del ser humano en la que las condiciones sociales priman sobre las naturales y, por ende, los márgenes de acción y de modificar su entorno son mayores y hasta ilimitados. Por esta razón, en González Prada, y más allá de sus severas críticas, se puede encontrar un optimismo en cuanto a los objetivos de realización de la especie humana:

Y lo repetimos sin ánimo de ofender, pensando que de esa mescolanza o fusión [de razas], donde tal vez predominen las buenas cualidades y se anulen las malas, puede surgir una síntesis humana, algo muy superior a lo antiguo y lo moderno.²³

Algo de este argumento se sostiene en el libro que algunos años después escribiría el ideólogo mexicano José Vasconcelos, *La raza cósmica*.

Las élites

El tema de las élites y de cómo se relacionaban con ellas tanto Palma como González Prada, es de suma importancia para mi argumento, pues cataliza de una manera muy clara las apreciaciones de ambos escritores sobre otros asuntos como, por ejemplo, desde dónde se debe constituir la comunidad política.

En plena guerra, Palma le escribe una carta a Piérola en la que sostiene que el Perú debe continuar en la lucha, con el siguiente argumento:

Mi respuesta es sencilla. Porque la honra del país está encarnada en la personalidad de usted, porque es usted quien enarbola la bandera de la dignidad nacional bajo la cual debemos cobijarnos los pocos que aún abrigamos la consoladora esperanza de que, más o menos tarde, sucumbirá la conquista chilena; porque usted en fin, con el puñado de leales que lo acompañe, significa la protesta en nombre de América y de la dignidad humana. Si con usted no está el éxito, por lo menos está el derecho y el deber.²⁴

21 Ibid., pág. 305.

22 Ibid., pág. 304.

23 González Prada, Manuel, "Nuestra aristocracia", en *Horas de lucha*, ob. cit., págs. 196-197.

24 Lima, febrero 8 de 1881, *Cartas a Piérola*, pág. 20.

En otras palabras, para el tradicionalista el cuerpo social se justifica en tanto existe un hombre, o un grupo de hombres, que lo representa y dirige. De este modo, excluye la posibilidad de la ciudadanización de los sujetos y mucho menos de sus rangos de autonomía en las decisiones. Aunque no lo dice explícitamente, para Palma la constitución de la nacionalidad debe provenir de una voluntad estatal que subordine y encauce a la social. Por lo tanto, la actividad política –ámbito privilegiado de las decisiones con respecto a la comunidad– queda reservada para esa élite superior.

Desde este mirador, Palma analiza la realidad política de su momento. Así, a su manera de entender el papel de ciertas élites, agrega su compromiso partidario y redondea su forma de ver la situación concreta. Naturalmente, el blanco de sus ataques resulta siendo el gobierno provisorio de La Magdalena de Francisco García Calderón y los civilistas, a los que llamaba Palma “notables sin notabilidad”. Sus opiniones son sumamente duras y hasta injustas:

García Calderón ha tenido en la última semana disentería de decretos, que han contribuido en mucho a acrecentar la impopularidad de su gobierno. Los chilenos mismos se burlan de ese presidente provisorio que no puede cefirse en Lima la banda bicolor, ni disponer de un alguacil y cuya jurisdicción no pasa del villorrio de la Magdalena, único punto en donde le toleran que pueda enarbolar pabellón. *La Actualidad*, periódico chileno, no desperdicia oportunidad para mofarse de esos bellacos que creen o fingen creer que son gobierno, y gobierno serio.²⁵

Y en otro momento agudiza su ironía:

El Congreso de Calderón (que, a pesar de tanto embrollismo tardará todavía quince días para instalarse) va a ser un bodrio, un puchero, un zurcido de retazos, una especie de caballito de siete colores. Será todo lo que se quiera, menos reunión de representantes elegidos por los pueblos.²⁶

En González Prada es distinta la posición acerca de las élites. Partiendo de la equivalencia entre catolicismo y aristocracia, somete a una dura crítica la absurda relación que las élites nacionales quieren encontrar entre su espíritu supuestamente elevado y sus imaginarios abolengos. Por el contrario, dice que la fortuna que exhiben se basa en los negocios turbios en los tiempos del comercio guanero y la corrupción que éste engendró, además que quieren ocultar que en su sangre llevan mezcladas las de las diferentes razas que conforman el cuerpo social, lo que vuelve patética su pretensión de presentarse como blancos puros y de casta:

En Lima, donde los más encopetados miembros de la *high life* son hipotéticamente blancos, no se imaginan oprobio mayor que guardar en las venas un poco de sangre indígena o africana; y por eso, cuando riñen dos blancos y agotan el

25 Lima, abril 5 de 1881, *Cartas a Piérola*, págs. 35-36.

26 *Crónicas de la Guerra con Chile*, pág. 38.

diccionario de los insultos, apelan a tratarse de zambos o de cholos: el zambo y el cholo equivalen a un cartucho de dinamita.²⁷

Con estos argumentos, González Prada sintetiza una crítica compuesta de tres niveles. Primero, el social, en el que denuncia la inautenticidad de una élite (aristocrática); segundo, el racial, en donde cuestiona la pretendida pureza de sangre de la misma, y, tercero, el religioso, en el que rechaza el supuesto según el cual los que se adhieren a dicha fe pertenecen a un estrato humano superior: “La adhesión al Catolicismo, en vez de probar el origen aristocrático de un hombre, denuncia su africanismo”,²⁸ sentencia luego de señalar que entre el catolicismo y el fetichismo hay una gran similitud que explica la rápida aceptación de aquél por parte de los negros bozales.

Con este amasijo de argumentos, González Prada desconoce el discurso sobre la superioridad de las élites que gobiernan el Perú sin distingo de preferencias políticas e ideológicas, pues atacó de igual modo a civilistas como a demócratas, los dos grandes referentes de la política nacional en aquellos años. Pero, además, es enfático en afirmar que la verdadera condición que legitima a los mejores hombres es su elevada formación espiritual:

Los que en el orden social se arrojan el título de personas decentes o clases elevadas suelen representar a la verdadera plebe en el orden intelectual o moral. Un negro y un indio pobres, más instruídos y desfanatizados, pertenecen a clase más elevada que un blanco noble y rico, más ignorante y supersticioso. El ser hombre no depende tanto de llevar figura humana como de abrigar sentimientos más depurados que los instintos de un animal inferior. ¡Cuántos nobles y ricos distan menos de un chimpancé o de un gorila que de un Spencer o de un Tolstoi!²⁹

De esta manera, González Prada está muy lejos de sostener, como Palma, que la encarnación de la nacionalidad puede ser depositada en una élite y mucho menos en un caudillo.

Las generaciones

El tema generacional permite visualizar, quizás como ningún otro entre los considerados, la forma como cada uno de ambos escritores concibe el papel de la acción humana en el proceso social e histórico. Desde sus puntos de vista acerca de las generaciones se pueden percibir concepciones más generales sobre la naturaleza humana y sobre el futuro.

En el contexto de una derrota inminente en el conflicto armado con Chile, un Palma desengañado le escribe a Piérola acerca de la imposibilidad de continuar la guerra:

27 “Nuestra aristocracia”. Ob. cit., pág. 198.

28 Ibid., pág. 201.

29 Ibid., pág. 202.

La continuación de la guerra, por nuestra parte, la tengo por otro imposible. ¿Por qué? Porque en nuestro país desventurado no hay virilidad ni patriotismo, porque la anarquía nos gangrena y porque la corrupción está infiltrada no sólo en los de nuestra generación sino en las venas de la generación llamada a remplazar a la nuestra.³⁰

Como se puede observar, la desesperanza de Palma con respecto a la suya y a las nuevas generaciones, es evidente. Es más, asocia a ellas la ausencia de rasgos que, se puede colegir, son determinantes para el escritor, como la virilidad, el patriotismo, la honestidad y el orden. Ausencias que parecen transmitirse por la sangre de generación a generación y que impiden la conformación de una nacionalidad sólida y próspera. Desde este enfoque, es muy difícil creer en las potencialidades de los seres humanos. La herencia pesa más que la voluntad. Todo lo opuesto a la postura de su contrincante.

Efectivamente, con respecto a la nueva generación González Prada es rotundo y visionario, pues considera que "...es superior a todas las precedentes. No hay más que leer los periódicos de antes. Los escritores no conocían ni el sentido del vocablo que usaban. En general, hoy existe más cultura literaria".³¹

En la opinión expuesta por González Prada existe algo más que una apreciación literaria o profesional. Si consideramos sus innumerables artículos, siempre corrosivos, acerca de las élites peruanas y limeñas en especial, y en los cuales fustigó permanentemente sus costumbres y superficialidad, podremos inferir que su afirmación contiene un propósito político que se engarza directamente con su frase de 1888: "Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra", que tanto irritó a Palma. No sólo se trataría en palabras de González Prada de una mayor cultura literaria, sino también de una nueva manera de ver la vida, más científica, acorde con los criterios de méritos y distante de los favores que las familias en el poder siempre se dispensaron entre ellas. Se trata, en suma, de una nueva disposición frente a la vida y sus circunstancias. Por eso, González Prada completa su visión acerca del tema generacional, adelantándose a las críticas que posteriormente se hicieran a la manera orteguiana de ver la sucesión de generaciones, una postura demasiado estática y cronológica. Para el ilustre pensador radical el análisis generacional debe sustentarse en otras bases: "Creo que una generación no puede abarcar cinco ni diez años únicamente. Y más que años debe abarcar tendencia, estilo e ideas. Las generaciones deben ser definidas por la orientación".³²

Una de las consecuencias fundamentales de esta afirmación es que en González Prada no existe ni influye la herencia. Por el contrario, predomina el espíritu, el temple y la actitud frente a la

30 Lima, junio 27 de 1881, *Cartas a Piérola*, pág. 51.

31 Entrevista con Félix del Valle, "Nuestros grandes prestigios", que apareció en la revista *Actualidades* núm. 3, Lima, julio de 1917, en Willy Pinto, *Manuel González Prada. 6 entrevistas y un apunte*, Editorial Cibeles, Lima, 1985, pág. 45.

32 Entrevista con José Carlos Mariátegui, "Conversación con don Manuel González Prada", aparecida en *El Tiempo* Lima, 2 de octubre de 1916, en *6 entrevistas...*, pág. 62.

vida. Para este autor la vejez ni la juventud son exclusivamente asuntos cronológicos, son, sobre todo, maneras de encarar las circunstancias por parte de los seres humanos. De esta manera, pueden existir jóvenes que piensan, sienten y actúan como viejos; y adultos que piensan, sienten y actúan como jóvenes. La incomprensión de la postura de González Prada por parte de Palma lleva a éste a formular un cuestionamiento demasiado simplista del aserto de su rival cuando dice:

Por entonces, esto es, en 1888 [en alusión a la fecha en que González Prada pronunció su provocadora frase], aun no podía nadie calificarme de viejo, pues nací en 1833, once años antes que González Prada. Al escribir no lo hice en defensa de causa propia, sino de la concordia humana. La juventud es entusiasta e irreflexiva. La vejez, serena y razonadora. No hay bien ni progreso para la humanidad sin concierto armónico entre los hombres.³³

En estas líneas se percibe además, una de las actitudes básicas de Palma en cuanto figura pública, cual es la búsqueda pacífica de los acuerdos. Opuesto completamente a esta forma de actuar y de concebir el progreso humano, para González Prada concertar era una manera de claudicar. Para este hombre de letras, la confrontación es lo que permite el avance de la humanidad en tanto libera fuerzas progresistas que aniquilarán a las obsoletas que impiden el progreso material y espiritual de las sociedades. Próximo al marxismo, gracias a su adscripción al pensamiento anarquista, está convencido de que la contradicción y lucha de los opuestos marcan el derrotero de la vida social, mientras que para Palma, adscrito a una forma de ver la vida impregnada por el catolicismo, considera como fundamento de la sociedad la armonía entre los seres humanos.

La política

Para los intelectuales, la política siempre es una tentación incluso para aquéllos que se proclaman a-políticos o anti-políticos. Visitar sus predios, invadirlos o, simplemente, opinar sobre su actividad está en la agenda de los intelectuales, aun de los más puros. Las relaciones que establecen con ella siempre son tortuosas, pues les crea un sentimiento de culpabilidad, es como si se traicionaran a sí mismos y a su vocación. Pero la historia está repleta de casos y ejemplos de las diversas maneras que en toda época y circunstancias los hombres de ideas se han vinculado con los asuntos del poder. Según el sociólogo estadounidense Lewis A. Coser, son básicamente cinco las maneras cómo los hombres de pensamiento se vinculan con la actividad política.

En primer lugar, están aquellos intelectuales que logran detentar directamente el poder gracias al triunfo de revoluciones, como en tiempos de la Revolución Francesa o de la Revolución Rusa. En segundo lugar, existen aquéllos que se vinculan con los terrenos del poder como consejeros o logrando infiltrarse en los puestos de gobierno de una manera discreta y eficaz.

33 R. Palma, "Apuntes...". Ob. cit., pág. 412.

En tercer lugar, están los que actúan como ideólogos para justificar a los que detentan el poder, se trata de los intelectuales orgánicos. En cuarto lugar, los que, insatisfechos con el momento actual, buscan los valores que los representen en experiencias del extranjero o en un tiempo pretérito y mítico. Y, en quinto lugar, los que deciden no tomar compromiso político alguno.

Teniendo en cuenta esta clasificación de Coser es posible acercarnos a cómo vivieron la política tanto Palma como González Prada. Considero que a Palma hay que entenderlo en varios registros que, relacionándolos, nos ofrecen un cuadro más complejo que el que usualmente nos hemos construido sobre él.

El primer registro que nos informa sobre la relación de Palma con la política es su actividad como literato, como el creador de las tradiciones, condescendiente y amable, que es la faceta más conocida del escritor. Desde esta actividad de creador se legitimó ante el público y ante las élites.

El segundo registro es el de las crónicas y el de las cartas en las que trata de política. Su tono es crítico y si uno no conociera la autoría, podría pensar que se trata de textos de González Prada. La condescendencia desaparece y es acre en sus juicios. Las cartas a Piérola y sus crónicas para *El Canal* (vocero oficioso del Partido Demócrata que se editaba en Panamá), lo demuestran. Aunque en este momento es necesario insertar una acotación. Las duras e irreverentes crónicas publicadas en *El Canal* eran firmadas con un seudónimo, *Hiram*, que impiden identificar a Palma públicamente como un escritor militante. Obligado por las circunstancias o no, el Palma combativo se empequeñece ante el escritor simpático.

El tercer registro es el de su propia biografía. Palma siempre estuvo en montoneras y revoluciones. Apoyó a Balta, se opuso a Castilla, fue senador por Loreto,³⁴ apoyó e integró el Partido Demócrata, fue, en suma, un combatiente activo y no sólo de la pluma, y esto es algo que merece ser resaltado. Existe, pues, una disociación entre el Palma político y el Palma escritor.

Por su parte González Prada fue un hombre que puso su palabra (oral y escrita) al servicio de la crítica, siempre ácida, pero siempre con un trasfondo ético que otorgaba dirección a sus acusaciones. Más intelectual que Palma, González Prada buscó diferenciarse de las pugnas –muchas veces menudas– de la política peruana y, desde su torre de marfil, derruyó todo principio de autoridad. Su paso por la política real fue efímero. La ética weberiana de la convicción pesó en él más que la ética de la responsabilidad que caracteriza al político profesional. Por estas razones, se legitimó socialmente gracias a su rudeza al momento de poner en evidencia los males y vicios nacionales, incluidos sus políticos y las familias que gobernaron el Perú y de las que él mismo formaba parte. El lenguaje conciliador estaba exento de su estructura psicológica. Además, tenía muy claro que la post-guerra había dejado como tarea una labor de destrucción-reconstrucción del país. Primero demoler, luego edificar.

34 Sánchez, Luis Alberto, *Don Ricardo Palma y Lima*, Imprenta Torres Aguirre, Lima, 1927.

Como el Palma demócrata, González Prada también perteneció a un partido, la Unión Radical, del cual fue presidente –por poco tiempo– y del que se alejaría después porque no podía ni sabía hacer conjugar sus posturas ideológicas y radicalmente éticas con las formas de la política pragmática. Desde diversas tribunas difundió la palabra anarquista y el espíritu rebelde, que calzaría con la generación que mejor se engarzó con los movimientos populares en marcha, la de Mariátegui y Haya de la Torre. De González Prada al Centenario, se obvió al Novecientos.

González Prada, que siempre tuvo en su mira a la política, la detestaba. Incluso, señalaba que ingresó a ella a disgusto: “Insensiblemente se me condujo de allí a la política que en realidad no me subyuga y que como ideal detesto”.³⁵ Y asumió, por lo tanto, una posición de compromiso formal: “...no tomé en serio la política. Me repugna, singularmente la de aquí”.³⁶ Como intelectual disidente criticó todo, tomó distancia de todo. No se comprometió con nada, salvo con sus propias convicciones.

Su proyecto era revolucionario, desconfiaba de las transacciones y componendas, como ya he subrayado. González Prada creía que luego de la necesaria propaganda de difusión de las ideas radicales “[y] cuando el ambiente estuviera abonado, ir a la revolución sin miramientos, enérgica, devastadora, sangrienta. Esa era, a mi convencido entender, la única vía eficaz para higienizar la atmósfera política del país”.³⁷

He mencionado que González Prada era un disidente, según ha definido a este tipo de intelectual el escritor croata Pedrag Matvejevic, quien recuerda las palabras de un maestro suyo que afirmaba: “Para realizar con honradez su trabajo, el escritor debe ser un disidente respecto de la ideología del Estado o de la nación”.³⁸ En el surgimiento del disidente pueden encontrarse dos razones. La primera es la reacción que provoca el que un grupo social de oposición y desafío frente a las clases superiores sea derribado. En segundo lugar, por la desilusión que experimenta el intelectual cuando considera que el proyecto original ha sido traicionado, como por ejemplo, los intelectuales del bloque socialista que, desengañados ante el proyecto que ha sido distorsionado, deciden emigrar a Occidente.

González Prada actuó, sin duda alguna, como un disidente. Esta postura se debe explicar en él por la desazón y amargura que le ocasionaron la derrota en la Guerra del Pacífico y el comportamiento pusilánime de las élites gobernantes. Desde ese momento su distanciamiento de todo lo oficial fue notorio, al menos hasta 1912, cuando asumió la dirección de la Biblioteca Nacional. Sin embargo, y en contra de ciertas apariencias, no se puede considerar a González Prada como un pesimista, como le achacaban sus críticos. Por el contrario, como el mismo autor lo señalara en algún momento: “En todos mis artículos, se transpira un saludable aire de optimismo”.³⁹ En González Prada el desengaño está relacionado con la actualidad, pero el optimismo con el futuro es patente.

35 6 entrevistas y un apunte, pág. 33.

36 Ob. cit., pág. 34.

37 Ob. cit., pág. 35.

38 Matvejevic, Pedrag, “Desilusiones de un disidente”, en *El País* núm. 278, año VII, Madrid, 17 de junio de 1993.

39 6 entrevistas..., pág. 43.

Con base en todo lo expuesto hasta este momento podemos observar que tanto Palma como González Prada expresan dos formas de relacionarse con la política. Mientras el primero muestra en la práctica un compromiso activo, incluso rebelde, pero que no se traduce en sus obras de creación, en González Prada, siempre crítico y virulento cuando utiliza el verbo, nunca tuvo una participación política significativa. Si Palma fue un consejero, Prada fue un dinamitador. El primero, en tanto intelectual, encuentra antecesores en ideólogos de la Emancipación como José Baquijano y Carrillo o Hipólito Unanue, por ejemplo. El segundo, en la pureza ideológica de los críticos del poder como Francisco de Paula González Vigil o José Gálvez.

V

Dos tipos de intelectuales: tradiciones culturales y visiones sociales

El análisis de los diversos temas que han sido tratados en las páginas precedentes y cómo fueron abordados por Palma y González Prada permite ubicar a cada uno en específicas figuras de intelectual, de acuerdo a tradiciones culturales y visiones sociales.

Las tradiciones culturales, según Edward Shils,⁴⁰ se deben entender como los criterios y las reglas gracias a los cuales se pueden enjuiciar las obras artísticas y literarias, reconociendo en cada una de estas tradiciones un elemento central que las identifica y distingue de las otras. Este elemento central, además, nos ayuda a localizar a los intelectuales y establecer cierta taxonomía, que no es absoluta pero sí referencial. El contacto entre las distintas tradiciones es inevitable en la práctica, aunque por razones expositivas y de análisis el observador debe saber separarlas.

Shils propone la siguiente clasificación para el reconocimiento de las tradiciones culturales. En primer lugar, la tradición cultural *intelectualista*, en la que el elemento definitorio es el empleo de la lógica por parte de los hombres de ideas. En segundo lugar, la *romántica*, cuyo componente distintivo es la espontaneidad; es la opuesta casi radical a la anterior. En tercer lugar, la *revolucionaria*, en la cual los intelectuales portan una visión apocalíptica de la historia y del proceso social en su conjunto. Y, finalmente, en cuarto lugar, la *populista*, que supone una manera de ver la constitución y desarrollo de la sociedad desde la acción del pueblo, concebido como el que encarna las mejores virtudes humanas.

Atendiendo a esta clasificación es posible ubicar a Palma, en tanto escritor y hombre público, al interior de la tradición cultural romántica. No necesariamente porque sus obras de creación estuvieran destinadas a ofrecer un retrato del pasado, especialmente el colonial, sino por el estilo, que no cumple necesariamente con ciertas reglas (por ello la mixtura de lenguajes que tanto le criticó González Prada) y porque están impregnadas de sentimientos más que de

40 Shils, Edward, *The Intellectuals and the powers, and other essays*, The University of Chicago Press, 1972.

razones lógicamente esbozadas. La obra artística de Palma no se dirige a las cabezas de los lectores sino a sus corazones; pretende más que despertar una idea hacer brotar un sentimiento o una emoción.

En sentido contrario, a González Prada es plausible ubicarlo al interior de una tradición cultural intelectualista. Sus textos están sostenidos por una lógica implacable. Al revés de su antagonista, él proyecta sus ideas como misiles que impactan directamente en los cerebros de quienes lo leen y escuchan. Sus palabras son detonadores de razones y, secundariamente, de sentimientos. En todo caso, éstos son consecuencia de ellas. El propio lenguaje que utiliza es sintomático: es macizo, duro, directo, sin artilugios. El criterio lógico lo emplea para toda manifestación de la actividad humana, incluida la creación artística y específicamente la poesía. Según sus propias palabras:

El poeta que desea marchar a la cabeza de la civilización y no figurar como retardatario ni tardígrado, tendrá un corazón bastante generoso para latir por la humanidad, un cerebro suficientemente iluminado para guiarse por la filosofía científica de nuestro siglo.⁴¹

No obstante la adscripción de González Prada a la tradición cultural intelectualista, sus posiciones lo acercan a las tradiciones revolucionaria (especialmente cuando reflexiona sobre las maneras del cambio social) y populista (explicable en parte por su toma de distancia de las élites y, como consecuencia, a la elaboración de una visión generosa del papel de las clases desposeídas en el proceso futuro peruano).

En cuanto al tema de las visiones sociales propuesto por Thomas Sowell⁴² tiene como un elemento fundamental la imagen que los intelectuales se forman del ser humano, sobre sus capacidades y limitaciones, pues considera que es sobre ellas que se edifican las teorías filosóficas, políticas o sociales. Sowell afirma que existen básicamente dos tipos de visiones sociales: la restringida y la no restringida. En la primera, las condiciones externas prevalecen sobre la acción de los individuos; en la segunda, la libertad de las personas para actuar puede modificar las circunstancias. Herencia versus libre determinación.

Esta tipificación, metodológicamente hablando, siendo útil como modelo para el análisis, permite matices, variaciones y múltiples combinaciones.

Las visiones sociales cobran importancia porque las políticas basadas en cierta visión del mundo tienen consecuencias en la sociedad y se prolongan por años, generaciones y hasta siglos; guían el curso del pensamiento de la acción; cubren las lagunas del conocimiento individual. En el proceso histórico largo, los individuos y las organizaciones son meros portadores de ideas, por eso, las decisiones racionales se toman dentro de la atmósfera de una visión particular o de un particular conflicto de visiones. Por los efectos que logran, las visiones

41 Sánchez, Luis Alberto, *Don Manuel*, Editorial Universo, Lima, 1978, pág. 155.

42 Sowell, Thomas, *Conflicto de las visiones*, Gedisa, Barcelona, 1990.

sociales son más importantes que las ideas racionalmente elaboradas. Con relación al rol de los intelectuales, Sowell señala lo siguiente:

Cuando los intelectuales desempeñaron un papel en la historia, no ha sido el de susurrar consejos a los oídos de los máximos dirigentes sino enriqueciendo las vastas y poderosas corrientes conceptuales que, verdaderas o erróneas, impulsan la acción humana.⁴³

Si recordamos las distintas posturas y planteamientos de Palma y González Prada acerca de distintos temas, como el generacional, el papel de la juventud, la función de la política, el rol que debe cumplir la palabra y su difusión, las formas del proceso y cambio social, las pertenencias étnicas y sociales, los talentos para observar los problemas (como el optimismo y el pesimismo), entre otros, estaremos en capacidad de ubicar *grasso modo* a cada uno en cierto tipo de visión social.

Por las soluciones que proponía a todos estos asuntos, es muy cercano a la realidad incluir a Palma dentro de una visión social restringida. En efecto, para este escritor el peso de las herencias étnicas, sociales e históricas eran demasiado considerables e impedían dejar a los seres humanos en libertad para delinear su propio futuro. En sentido contrario, las alternativas esbozadas por González Prada lo acercan e incluyen en una visión social de tipo no restringida. En sus reflexiones es muy claro que la libertad de las acciones de los seres humanos pesa más que cualquier otro factor como los orígenes sociales, la edad o el grupo étnico y, por ende, su autonomía para enrumbar su destino más allá de cualquier poder. Más que mirar hacia el pasado, González Prada se preocupa por edificar el porvenir.

Sin dejar de tomar en cuenta las diferentes adscripciones de Palma y González Prada en sendas figuras de intelectuales, no debemos perder de vista que ambos sentían un profundo amor por los libros y el conocimiento, así como un acendrado patriotismo. Por encima del conflicto cultural que protagonizaron, deben ser considerados, al igual que muchos otros hombres de ideas, como dos referencias ineludibles en nuestro devenir intelectual, que siempre están a la mano cuando deseamos conocer más acerca del proceso espiritual del Perú.

43 Ob. cit., pág. 19.